



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

LA BOMBA DE CARUSO

Con excepción de Chaliapine, el famoso bajo ruso-francesado, no hubo una sola de las grandes figuras del "bel canto" que se destacara en el lapso comprendido entre los años de 1915 a 1927, que La Habana no admirara y aplaudiera.

Siempre había sido considerada nuestra capital como una plaza de primer orden en dicho aspecto artístico, pero la circunstancia penosa de una Europa envuelta en llamas que obligaba a mantener cerradas sus puertas a coliseos de la categoría del Real de Madrid, el Liceo de Barcelona, la Gran Opera de París, el Convent Garden de Londres, la Scala de Milán, el Constanza y otros, impelieron a los cantantes de la época a buscar en América un refugio seguro y bien retribuido, donde ofrecer las dotes privilegiadas de sus respectivas gargantas.

Fué esa la oportunidad que aprovecharon los habaneros para poder disfrutar no sólo de una larga temporada operática cada doce meses, sino a veces de dos al año: la de invierno y la de verano y hasta de dos simultáneamente, como ocurrió en Mayo de 1920, cuando Caruso, como figura estelar de un elenco en el cual figuraban nada menos que una María Barrientos, una Gabriela Bezzoni, un Ricardo Stracciari y un Mardones, actuaba en el "Nacional" a más de sesenta pesos la luneta, mientras en el coliseo vecino, en el de Payret se presentaba otro conjunto, más modesto en el precio de la localidad, que contaba con artistas de la categoría de Mercedes Capsir, Marco Redondo y el tenor Inzerillo.

X X X

En 1915 abrió sus puertas por vez primera el gran Teatro Nacional, que forma parte del lujoso edificio social del Muy Ilustre Centro Gallego, el cual, dicho sea de paso, aun no ha sido inaugurado oficialmente, pues motivos especiales dieron lugar a la postposición de tal acto que en definitiva aun no ha logrado celebrarse.

El conjunto artístico traído a La Habana por los empresarios Misa y Echemendia era de rutilante calidad. Tita Rufo, a quien puede llamársele sin temor a hipérbole, el más grande de todos los baritonos de todos los tiempos, encabezaba aquella constelación estelar. ¡Qué "Payasos"! ¡Qué "Otelo"! ¡Qué "Hamlet"! Y tantas y tantas obras que cantó a través de las tres visitas que nos hizo!

También vinieron en aquel entonces dos grandes tenores: Zanatello y Palet, los baritonos De Luca y Aineto y dos grandes sopranos: Juanita Capella, que lamentablemente enfermó y falleció en esta ciudad, y la sin rival Caludia Muzzio, que rápidamente se convirtió en figura destacadísima del "Metropolitan Opera House". Batuta en mano se nos presentó nada menos que el eminente Tulio Serafini.

A la siguiente temporada vino de empresario Adolfo Bracale, que repitió la experiencia en posteriores oportunidades.

Hasta que a mediados de 1920, en plena danza de millones, Bracale quiso ofrecerle al diletantis-

mo habanero el plato fuerte que tanto había deseado: Caruso. Y aprovechando su vieja amistad con quien fué indiscutible idolo del público new-yorkino, lo contrató por diez funciones: ocho nocturnas y dos vespertinas, a razón de diez mil dólares por actuación. Total: cien mil dólares. ¡Una bagatela!

Y Caruso, rodeado del elenco estelar que ya nombramos al principio de esta narración, se presentó en el Teatro Tacón. Hubo momentos, al través de sus interpretaciones, en que electrizó al auditorio: su "Vesti la giubba" de "Los Payasos" y su "Furtiva lágrima" de "Elixir d'amore" resultaron inolvidables, mas el resto de su labor no satisfizo plenamente a unos espectadores que habían pagado cincuenta, setenta y hasta cien dólares por su localidad para una función.

X X X

Entre admiradores y detractores iba cumpliendo Caruso su compromiso hasta que se anunció la última matiné. La obra que habría de llevarse a escena era "La Forza del Destino", que goza de triste fama entre los cantantes de traer mala sombra, pero a última hora, dificultades del montaje obligaron a la empresa a un cambio. Sería "Aida" la ópera que subiría al palco escénico y Caruso, ataviado ya de guerrero español para interpretar el Don Alvaro tuvo que trocar su uniforme por el de general egipcio que corresponde a Radamés.

Ante una sala abarrotada de público transcurrió el primer acto sin incidente alguno, pero a poco de comenzar la segunda parte, a mediados del dúo entre Amneris y la propia Aida, se oyó

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

2

un fuerte estampido e inmediatamente caían desde la parte de la tertulia, a la derecha del actor, hacia el escenario, grandes pedruscos y mucha cantidad de tierra. Había estallado un petardo y el pánico resultaba indescrptible, a pesar de que Joaquín Molina, violinista concertino de la orquesta se levantó y pidió a los compañeros que rápidamente lo obedecieron, la ejecución del Himno Nacional.

Nosotros nos hallábamos en el piso principal teniendo muy cerca al ilustre catedrático de la Universidad doctor Evelio Rodríguez Lendián y apresuradamente corrimos, escalera abajo, en busca de la puerta principal, junto a la cual se apiñaban casi todos los espectadores, mientras Caruso, vestido de guerrero oriental, atravesaba precipitadamente la Acera del Louvre, en dirección al Hotel Sevilla, donde se hallaba alojado.

Nunca se ha sabido de manera cierta el motivo de dicho petardo, aunque en algunas ocasiones se ha rumorado que lo colocó sin saber lo que estaba realizando, pues había sido engañado por otros, un muchacho que vendía periódicos en la esquina del hoy restaurant "Miami", que entonces se llamaba "Las Columnas".

Andando los años, aquel muchachito, gracias a su propio esfuerzo, convirtiéndose en político prominente, llegando a ocupar un cargo de Ministro del Gabinete durante el gobierno constitucional del doctor Ramón Grau San Martín.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA